

## Entrevista con Rafael Azcona

*Jesús Marchamalo*

Días antes de vernos me envía un correo electrónico con una frase del actor Antonio Gamero, «como fuera de casa en ningún sitio», junto al encargo de buscar una cafetería no demasiado ruidosa para encontrarnos. Rafael Azcona (Logroño, 1926) es asiduo cliente de cafés, bares y vestíbulos de hotel, en los que ha escrito, a lo largo de los últimos cincuenta años, muchos de los mejores y más recordados guiones del cine español. Ha trabajado con Marco Ferreri (*El pisito*, *La grande bouffe*), con Berlanga (*Plácido*, *El verdugo*, *La escopeta nacional*), con Saura (*La prima Angélica*, *Ay Carmela*)... Su nombre aparece en los créditos de *Belle époque*, *El bosque animado*, *Le lengua de las mariposas*... Es premio Nacional de Cinematografía, Goya de Honor por toda su carrera y medalla de oro de Bellas Artes, que no está mal para un *curriculum* urgente.

Nos encontramos, finalmente, en una cafetería de paredes forradas de madera, marcos metálicos, dorados, y cortinas de cretona.

Ruidosa, eso sí, como una provocación.

—*Ha contado alguna vez que fue en la sastrería de su padre, en Logroño, donde aprendió a hablar, a leer, a comer, y a vestirse, claro...*

—Incluso a ilustrarme sobre la zarzuela porque mi padre, cuando estaba cortando, solía atacar pedazos de zarzuelas mientras que mi madre y las dos oficialas que trabajaban allí hacían los coros. Aquélla era una casa muy musical, en general en aquel tiempo todo el mundo cantaba: cantaban los pintores, las criadas, los barrenderos; ahora la gente lleva el *ipod* conectado, y claro, ya no se canta nada.

—*La guerra, en el bando de los perdedores.*

—Logroño, en realidad, fue de la parte franquista. Pero mi padre era de izquierdas, no exaltado en absoluto, pero sí un hombre que votaba

a las izquierdas. Y aunque la guerra fue terrible, mis recuerdos no son tan horribles como los de la posguerra, que daba la impresión de que no iba a acabar nunca. Aquello del nacionalcatolicismo era durísimo; ser mitad monjes mitad soldados, aquella reciedumbre que resumió Pemán en la letra del himno: «Marcha y empuja tu carro veloz, que el universo entero llevarás a Dios»... Fue, ya digo, muy duro.

—*Estudió en los escolapios, ¿qué recuerda de aquel colegio?*

—Al principio, por esto que digo de mi padre, iba a una escuela pública que cerró nada más empezar la guerra. Entonces, y con el favor de una familia amiga, me escolarizaron gratuitamente los escolapios. Recuerdo el colegio como un lugar desagradable, poco grato. Porque para corresponder a esta gratuidad, tenía, entre otras cosas, que ayudar en misa. Recuerdo las ventanas enrejadas, los rosarios, cuando acababan las clases, los ejercicios espirituales y toda aquella faramalla del franquismo...

—*Faramalla es una palabra curiosa. El otro día, leyendo uno de sus libros, apunté algunas otras: prodigorio, pelafustán, estridula...*

—Sí, me gustan mucho las palabras; esas que citas son de un personaje muy redicho que siempre que puede escoger elige la palabra más culta: pórtico en lugar de portal; íncola en lugar de habitante... Otras son palabras que recuerdo de aquella época, y que han ido cayendo en desuso. He sentido siempre no tener un poso de cultura que me permita aplicar el latín o el griego porque sólo terminé la primera enseñanza. Soy más bien producto de una serie de lecturas caóticas que empiezan en Baroja, con *Vidas sombrías*, y que durante un tiempo fue la guía de mis lecturas: si Baroja decía que le gustaba Dickens, yo leía a Dickens. Eso, si lo encontraba, porque en el Logroño de aquel tiempo era difícil encontrar libros, las librerías eran lugares en los que se vendían rosarios, libros de primera comunión, cuadernos, cosas piadosas, de modo que no era fácil.

—*Por lo visto, se hizo lector porque la alternativa era cruzar a nado el Ebro.*

—Sí, al llegar a la adolescencia, la demostración de virilidad consistía en atravesar el Ebro a nado, y cada año había tres o cuatro aho-

gados. Nunca he tenido habilidad para esas cosas; tampoco se me daba bien bailar, tenía amigos, siempre me fue fácil relacionarme, pero también pasaba mucho tiempo solo, todas las noches de mi vida me he acostado con un libro. Desde muy joven he sido un lector empedernido, a pesar de que en aquel tiempo se consideraba que leer era malo para la vista, que las novelas eran poco saludables, que se gastaba luz innecesariamente... ¿Tú sabes que el pequeño comercio tenía las luces apagadas en invierno, y que las encendían cuando llegaba algún cliente? Una época más bien lúgubre.

—*Entonces fue cuando decidió hacerse escritor.*

—No fue exactamente así. Yo trabajaba como contable, pero los números se me daban muy mal, siempre me han producido grandes dolores de cabeza. Y como me gustaba la lectura, pensé en si podría ganarme la vida con las letras. Nunca me planteé la fama, ni la posteridad, sino ganarme la vida escribiendo. Y con esa idea llegué a Madrid.

—*¿Cómo era ese Madrid de los cincuenta, en blanco y negro, frío, el pelo engominado?*

—Madrid, evidentemente, no tenía nada que ver con las ciudades de provincias, y la vida, excepto para unos pocos privilegiados que la tenían resuelta, para los demás era bastante siniestra. Como nunca he sido una persona demasiado audaz, llegué con un empleo buscado: trabajaba en un almacén de carbones, de contable, donde resistí un mes y doce días porque las jornadas eran interminables.

Entonces deserté y me fui al Café Gijón, que conocía de arriba abajo gracias a *La Estafeta Literaria*, que tenía una página donde te enterabas de todo lo que pasaba en las tertulias. Estuve allí hasta que se me acabó el dinero, y empecé a frecuentar el Varela, un café en el que a cambio de participar en unos recitales poéticos que había los viernes podías ir el resto de la semana sin tener que tomar nada.

—*Y empezó a trabajar en La Codorniz.*

—Fue por medio de Antonio Mingote, a quien conocía del Varela, y que me instó a escribir algo para la revista, así que envié un par de

cuentecitos de aquellos de un folio, los aceptaron y empecé a ganarme la vida con las letras entrando por esa puerta pequeñita, ese arrabal de la literatura que es el humor. Luego hubo un personaje que tuvo un cierto eco, *El repelente niño Vicente*, que se convirtió en libro, y más tarde publiqué *Los muertos no se tocan, nene; El pisito...* En fin. Todo esto fue en los años cincuenta.

—*Josefina Aldecoa se ha referido alguna vez a esos jóvenes escritores de provincias que se encontraban y se reconocían en la Gran Vía: Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández-Santos, usted ...*

—Nos encontrábamos en el Café Comercial, porque al mejorar de condición económica me pasé al Comercial; de hecho, pasaba todo el día allí. Date cuenta de que en aquella época vivía subarrendado en una habitación mientras en las otras se amontonaban familias numerosas, y el ruido en aquella casa era infernal. Imagínate: los matrimonios cargados de hijos se iban al baño a las cuatro de la mañana para conseguir cierta intimidad.

Pues yo vivía en el Comercial. Llegaba a las nueve de la mañana, y me iba a la una, cuando cerraban. Allí nos juntábamos Ignacio y Josefina Aldecoa, los dos Fernández-Santos —Jesús y Ángel—, García Luenngo, Fernando Baeza, Ferlosio, Ana María Matute... Y cuando cerraban el café, los Aldecoa nos invitaban a su casa, donde seguíamos hablando de lecturas, o hablando mal de alguien, que es un a cosa muy entretenida. Ellos ponían la casa y la ginebra.

—*Me ha hecho gracia esa historia que cuenta de la máquina de escribir alquilada...*

—Si, en el Varela, donde, en sus servicios se afeitaban algunos clientes sin domicilio fijo y un otorrino pasaba consulta ... La máquina la habían alquilado, con el aval del dueño del café, dos escritores de novelas de aventuras, y el dueño, de noche, la encerraba en su despacho por miedo a que la vendieran. Era todo un espectáculo verlos trabajar: uno dictaba y el otro tecleaba: «Giménez entró en capilla. Punto. Poco después le permitieron un último deseo. Punto y coma...» Pero la gente que frecuentaba el café encontraba la cosa muy normal y nadie decía nada. Yo también escribí novelas rosas, entonces, que se pagaban a mil pesetas. Tenía un pseudónimo, algo como Reigman, no me acuerdo, que sonaba anglosajón, eso sí.

—*Siempre ha tenido predilección por los personajes marginales, desclasados, los buscavidas...*

—Si, los antihéroes, eso debe de venir de mis lecturas. Los escritores que me gustaban no se dedicaban a la épica. También, estoy pensando, puede ser porque nunca he conocido a héroes, sino más bien a gente normal: gente que tiene tos, o que le duelen los pies, o que tiene gastritis. Son los personajes que me atraen, sobre todo porque son los que conozco.

—*¿Conoció a Tono, Neville, Mihura?*

—*La Codorniz* no tenía redacción propiamente dicha, sino un par de habitaciones donde se confeccionaba y maquataba, todos éramos colaboradores. Se hacía una comida al mes y la verdad es que eran una gente encantadora, muy divertida. Conocí mucho a Tono, ligeramente a Neville, y no traté a Mihura nada, por teléfono dos veces, y alguna que lo saludé, pero me pareció un hombre de trato difícil. Tono era un hombre encantado de existir, era una alegría, una persona extraordinaria.

—*Contaba eso de que por la noche tenía dos vasos en la mesilla, uno lleno por si tenía sed, y otro vacío por si no tenía.*

—Pues de vasos tiene también otra anécdota: una vez había escrito vaso con b, y al hacérselo notar, respondió que iba con b porque estaba lleno. Era un hombre muy rápido, muy ingenioso y escribía muy bien. Con el lenguaje hacía cosas realmente prodigiosas. Y se cuentan de él mil historias. Una vez viniendo con otra persona de San Sebastián, en coche, se les hizo de noche, y no funcionaban los faros, de modo que se bajaron a arreglarlo. Abrieron el capó, anduvieron tocando lo que fuera, y en ese momento pasó un coche en dirección contraria, también con las luces apagadas; entonces, Tono dijo: «Déjalo, porque parece que es un apagón general».

—*Una de sus obsesiones más recurrentes es la muerte.*

—No tanto la muerte en sí. A estas alturas uno de mis proyectos es no morirme nunca, de modo que por el momento la muerte no me pre-